

MEXICO: ALTERNANCIA POLÍTICA, ESTANCAMIENTO ECONOMICO Y PROYECTO NACIONAL DE DESARROLLO

Por: Arturo Guillén*

1. *Introducción*

El presente texto tiene como objetivo principal presentar algunas ideas en torno a lo que podrían ser los ejes de un proyecto nacional alternativo de desarrollo orientado al crecimiento económico alto, durable y sustentable y a la atención de las necesidades básicas de las grandes mayorías de la población. Se privilegia el análisis de lo que identifico como los “nudos críticos” o el corazón de la política macroeconómica neoliberal, a saber: las políticas monetarias, cambiarias, fiscales y salariales procíclicas y restrictivas.

En el apartado 2 se hace un recuento sucinto de la política económica de los regímenes de la alternancia política (Fox y Calderón), la cual se diferencia poco de la seguida por las administraciones neoliberales priístas de De la Madrid, Salinas de Gortari y Zedillo. En el apartado 3 se exponen elementos de carácter teórico del por qué las políticas neoliberales, y más en concreto, la apertura de la cuenta de capital y la financiarización que le acompaña, generan tendencias al estancamiento económico.

En el apartado 4 se presentan lo que el autor considera serían los ejes centrales de un proyecto nacional alternativo de desarrollo, mientras en el 5 se pone el acento en las políticas macroeconómicas monetarias, cambiarias, fiscales y salariales compatibles con una estrategia centrada en el mercado interno y enfocada a alcanzar un alto crecimiento con equidad. Finalmente en el apartado 6 se sostiene que los obstáculos para la puesta en marcha de una estrategia alternativa de desarrollo son fundamentalmente políticos y de que, por lo tanto, en el marco actual de México, caracterizado por una transición democrática y un régimen político crecientemente autocrático, solamente la movilización consciente y organizada de los amplios segmentos mayoritarios de la sociedad mexicana que no

* Profesor - Investigador Titular del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, México, D.F. Coordinador del Posgrado en Estudios Sociales, Línea Economía Social de la misma universidad. Coordinador General de la “Red Eurolatinoamericana de Estudios para el Desarrollo Celso Furtado” Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). e-mail: grja@xanum.uam.mx y artguillenrom@hotmail.com

encuentran respuesta a sus demandas y aspiraciones dentro del *status quo*, creará las condiciones necesarias para la aplicación de un nuevo proyecto nacional de desarrollo.

2. *La política económica bajo la alternancia panista*

En el año 2000 concluyó la larga etapa de dominio y perpetuación del PRI como partido de estado. Con la bandera del cambio Vicente Fox, un ranchero locuaz y carismático, ex-gerente de mercadotecnia de la Coca Cola, ex-gobernador del Estado de Guanajuato, llegó a la Presidencia de la república bajo las siglas del PAN, y con el apoyo de algunos segmentos de la izquierda que llamaron a ejercer el llamado “voto útil”, ante las escasas perspectivas de triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas.

La alternancia electoral se dio con el beneplácito de amplios sectores de la población y la opinión pública internacional, incluyendo al gobierno de los Estados Unidos quien desde tiempo atrás, propugnaba por un bipartidismo “a la yanqui” para México. Se consideraba que la derrota del PRI al sacarlo de los Pinos, significaba la consolidación de la democracia y el fin del presidencialismo y del autoritarismo priísta. Algunos creían que la alternancia abría la posibilidad de la puesta en marcha de un nuevo modelo económico, lo cual había sido ofrecido por Fox durante su campaña.

Poco tiempo tuvo que pasar para que las perspectivas de cambio democrático y de cambio del modelo económico se desvanecieran. El modelo neoliberal- el cual comenzó a aplicarse durante la administración de Miguel de la Madrid (1982-1988), no sólo se mantuvo con Fox y después con Felipe Calderón, sino que se profundizó con nuevas reformas. Las políticas monetaria y fiscal conservaron su carácter procíclico restrictivo, bajo los parámetros del Consenso de Washington, mientras que la transición democrática se frustró como lo evidenció, entre otros signos ominosos de antidemocracia, el “golpe de estado preventivo” de 2006, gestado desde el poder para impedir el ascenso al gobierno del candidato de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador.

Los gobiernos de Vicente Fox (2000-2006) y Felipe Calderón (2006-2012) en vez de cambiar el modelo económico neoliberal conservaron en la cúpula del sector hacendario-financiero del Estado a los mismos hombres del salinismo y del zedillismo. Los mismos funcionarios, tecnócratas neoliberales educados en universidades estadounidenses, siguieron haciendo lo mismo y reproduciendo las políticas fundamentalistas de mercado. Se

continuaron aplicando políticas monetarias y fiscales restrictivas de carácter procíclico, cuyo objetivo explícito es controlar la inflación, pero cuyo propósito implícito es favorecer la atracción de flujos externos de capital y complacer al capital financiero internacional con altas tasas de retorno; se continuó con una política cambiaria de “flotación administrada” de la moneda.

Las políticas monetaria, cambiaria, fiscal y salarial restrictivas constituyen los “nudos críticos” de la política neoliberal, ya que son los que definen la inserción subordinada de México en la globalización y los que determinan la tendencia al estancamiento económico de nuestro sistema productivo, como se trata de explicar abajo.

La reforma neoliberal siguió adelante, tanto mediante la profundización de las llamadas “reformas de primera generación” como de las reformas de segunda generación” destinadas supuestamente a reforzar el marco institucional para el desarrollo⁰³). En materia de “reformas estructurales”, durante los dos últimos sexenios se efectuaron las siguientes acciones, que confirman la adherencia del gobierno de México a los parámetros del Consenso de Washington:

1. Se conservó sin cambios la política comercial de apertura externa indiscriminada y sigue sin existir una política industrial digna de ese nombre; se piensa que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) no debe revisarse. En su lugar, durante la administración foxista se propuso un *TLCAN plus* (convertido más tarde en Alianza para la Prosperidad y la Seguridad de América del Norte (ASPAN). A cambio de un plan migratorio lejano e insuficiente ofrecido por la administración de George W. Bush, se ofreció entregar al capital trasnacional, por la vía de la privatización formal, o, paso a paso, por la vía de los hechos, y al margen de la Constitución, el sector energético, además de comprometerse a apoyar y subordinarse a la política estadounidense de seguridad fronteriza y de lucha contra el terrorismo.

2. La apertura de la cuenta de capital y del sector financiero se mantiene sin restricciones, sin aplicar alguna forma de control o medidas de tasación fiscal. a sus movimientos. Los flujos privados externos de capital siguen siendo, junto con las remesas de trabajadores en el exterior, el principal mecanismo de financiamiento del desequilibrio externo; y se prosigue un endeudamiento acelerado tanto interno como externo, sin

considerarse algún cambio en los esquemas de pago del servicio de la deuda externa, ni una revisión de los onerosos programas de rescate de la banca, carretero, etc.

3. Se continuó con la política de privatización en el sector estratégico de la energía: generación y comercialización de energía eléctrica, explotación y distribución de gas, petroquímica. La apertura al capital privado por la vía de los hechos y de la concesión de ilegales contratos de servicios múltiples y otros mecanismos, ha proseguido sin pausa, a pesar de la derrota del proyecto privatizador de reforma de la Ley de PEMEX.

4. La privatización se extendió a otros bienes públicos fundamentales como el sistema de pensiones de los trabajadores del Estado pertenecientes al régimen del ISSSTE, a través de la creación del PENSIONISSTE, así como la subrogación de los sistemas de salud y de las guarderías del IMSS.

5. Se preservó la independencia del Banco de México y se defendió su objetivo único de velar por el control de la inflación y la estabilidad monetaria, despreocupándose de su papel en el crecimiento y el empleo. Su “independencia” significa, en los hechos que el banco central se encuentra más cerca del Departamento del Tesoro y de la Reserva Federal (FED) estadounidense, así como del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, que del Estado mexicano. En tal virtud, la política monetaria está más enfocada a garantizar el flujo mundial de los capitales financieros globales, que en promover el crecimiento, la inversión y el empleo internos.

6. Se ha pretendido, hasta ahora sin éxito, aprobar una reforma laboral, cuyos propósitos son “flexibilizar”, es decir, *precarizar* más el mercado de trabajo, mediante el establecimiento de contratos a prueba, la institucionalización del trabajo temporal, así como el cercenamiento de derechos y prestaciones de los trabajadores, mecanismos que ya se aplican en la práctica desde hace varios años.

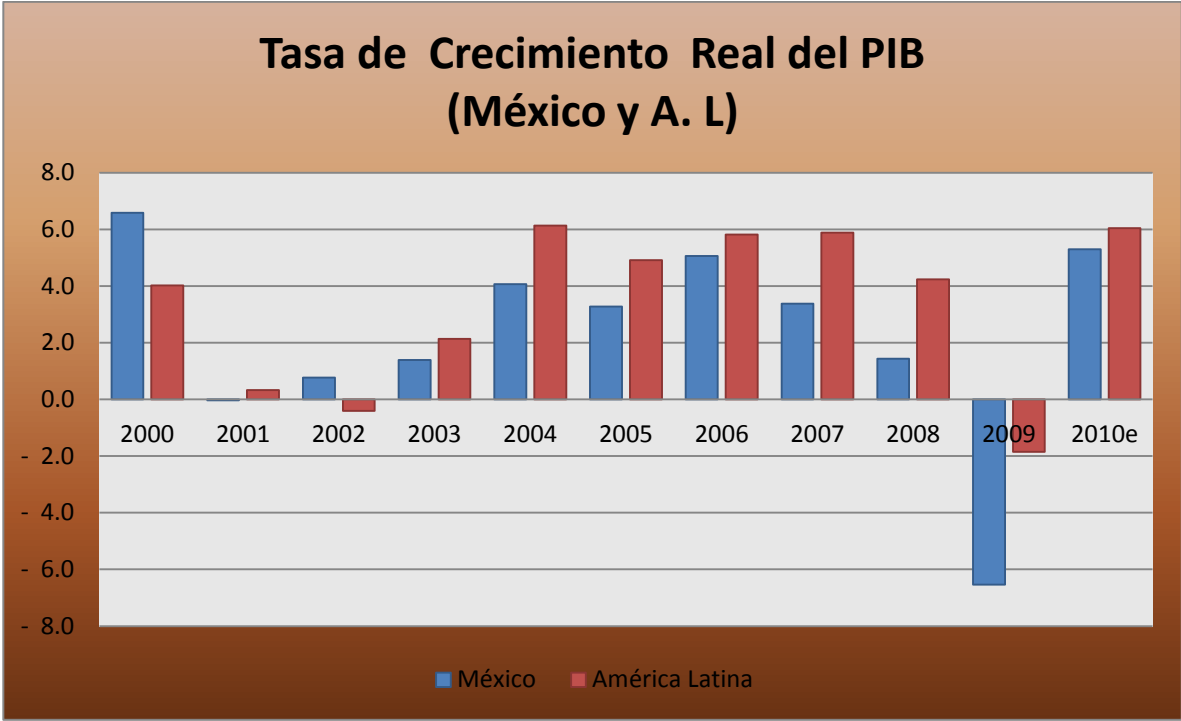
3. La tendencia al estancamiento económico bajo los parámetros del Consenso de Washington

México ha sido un alumno consentido de Washington y de los organismos multilaterales -celosos guardianes de “ortodoxia convencional” -desde que decidió insertarse pasivamente en la globalización neoliberal, a raíz de la crisis de la deuda externa. En ese lapso, México se convirtió en una “potencia” exportadora y abrió su economía como

ningún otro país del subcontinente: En 2008 el grado de apertura llegó al 55.5 % del PIB, contra sólo el 16.3% en 1981. Sin embargo, los resultados en materia de crecimiento y empleo han sido mediocres, mientras que el ingreso se concentró como nunca antes y proliferaron como los hongos la informalidad y la migración de mano de obra hacia los Estados Unidos.

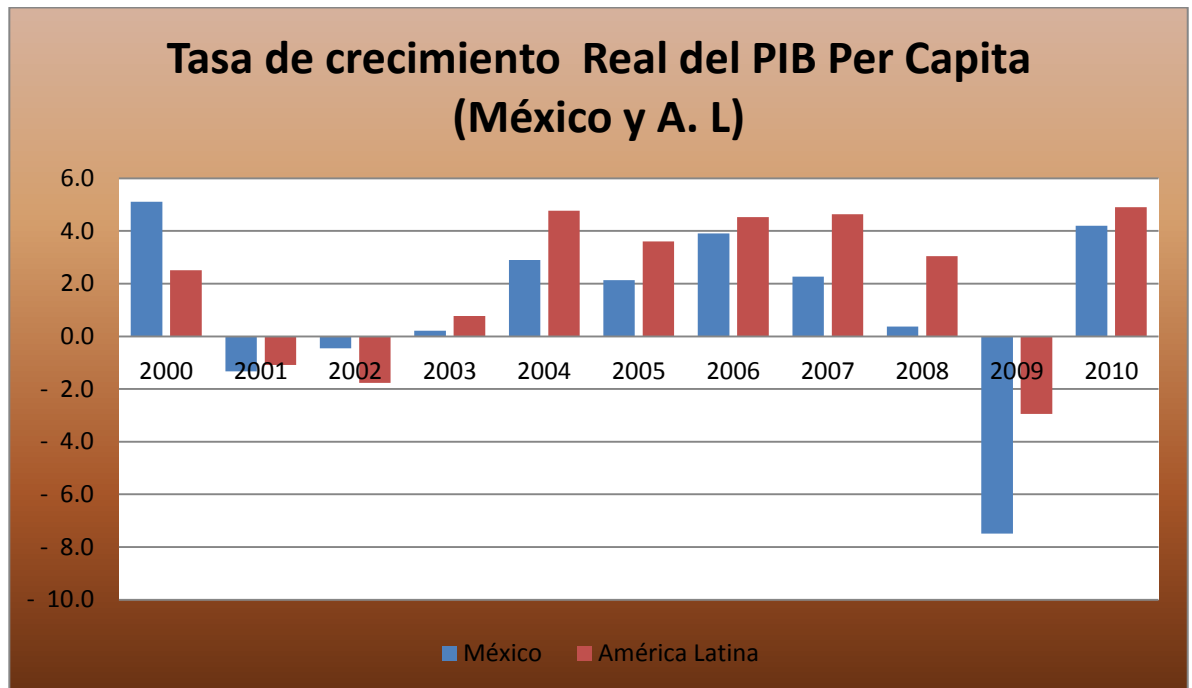
Durante el periodo 2000-2008, el crecimiento del PIB y del PIB por habitante en México fue inferior en casi todos los años al conseguido por la región latinoamericana en su conjunto, con excepción de los años 2000 y 2002 (gráficas 1 y 2). Durante el sexenio foxista, la tasa promedio de crecimiento anual fue de solamente 2.4% y en lo que va del gobierno calderonista (2007-2010), el crecimiento promedio fue de 0.12 %. Como ya es conocido, el crecimiento promedio del PIB durante las administraciones neoliberales (desde De la Madrid a la fecha) se queda muy atrás del conseguido en la etapa anterior de la sustitución de importaciones.

GRAFICA 1.



Fuentes: Informe anual 2008 del BANXICO, *Estudio Económico de AL y el Caribe* (CEPAL) 2009 y Cepalstat. <http://www.cepal.org/>

GRAFICA 2



Fuentes: Informe anual 2008 del BANXICO, *Estudio Económico de AL y el Caribe* (CEPAL) 2009 y Cepalstat. <http://www.cepal.org/>

Los malos resultados en materia de crecimiento económico no pueden atribuirse solamente a errores de política económica o a una aplicación equivocada del modelo neoliberal, ya que otros países que se adhirieron a éste en los ochentas, como Argentina o Brasil, obtuvieron resultados semejantes, mientras se mantuvieron adheridos a las directrices del Consenso de Washington.

El MN que se sustenta financieramente en la apertura de la cuenta de capital y en la importación de flujos privados de capital exterior, tiende a generar, por su propia lógica, estancamiento económico. Paradójicamente, la apertura de la cuenta de capital fue ofrecida como la panacea para salir de la llamada “década perdida” y su secuela de estancamiento provocada por la renegociación ortodoxa de la deuda externa en los comienzos de los ochentas.

La tesis sobre el estancamiento no es nueva en América Latina. A mediados de la década de los sesenta Celso Furtado (1965) la propuso, al señalar los límites de la

industrialización sustitutiva (ISI), cuando ésta entraba en lo que los estructuralistas identificaron como su “etapa difícil”, caracterizada por una creciente producción de bienes intermedios y de capital. Furtado sostuvo que en esa etapa, la “restricción externa” se constituía en un límite para la prosecución de la acumulación de capital.

La explicación furtadiana del estancamiento no resulta suficiente para explicar el estancamiento latinoamericano de la hora presente. Si bien el modelo neoliberal no ha resuelto tampoco la “restricción externa” y ésta sigue siendo un obstáculo objetivo el crecimiento, el estancamiento actual tiene diferencias específicas respecto al MSI.

El estancamiento de nuestros días tiene más que ver con la apertura de la cuenta de capital y con la “financiarización” de la economía, No obstante que la entrada neta de capital extranjero reactiva en un primer momento la inversión y el crecimiento de las economías, sus efectos son magros y temporales. Se trata como ha planteado alguien, del “vuelo de la gallina”. Es decir, un vuelo corto y a ras de tierra. Está demostrado, tanto en los hechos como en la teoría, que las políticas neoliberales del Consenso de Washington condujeron a México y a América Latina a un callejón sin salida de estancamiento, desigualdad y pobreza (French Davis, 2005, Bresser-Pereira, 2007). El ingreso de ahorro externo (fundamentalmente especulativo), no crea condiciones para un crecimiento durable de las economías. La apertura irrestricta e indiscriminada de la cuenta de capitales, más que provocar un incremento de la inversión como lo postula la teoría estándar, desplaza el ahorro externo hacia el consumo privado, lo que impide que la reactivación se sostenga.

El influjo de ahorro externo provoca, por un lado, el incremento del déficit en cuenta corriente por las crecientes importaciones derivadas del aumento del consumo privado, la mayor concentración del ingreso y la ruptura de las cadenas productivas internas. Por el otro lado, induce a un creciente endeudamiento externo de los agentes económicos.

El MN no ha permitido elevar sustancialmente la tasa de inversión y, por ende, los niveles de empleo en la economía formal. Al comparar el periodo 1983-1991 con 1991-1998, French Davis (2005: 69) encuentra que mientras el ahorro externo utilizado (flujos netos de capital del exterior menos acumulación de reservas) en América Latina aumentó en 2.4 puntos porcentuales del PIB, el coeficiente de inversión creció apenas en 0.8 puntos. En México, la tasa de inversión bruta se mantuvo durante 1982-2006 en un promedio de

19.5%, superior a las mediocres cifras de la *década perdida*, pero inferior a las alcanzadas durante los setentas (Ortiz, 2010). En Argentina, la tasa de inversión bruta en el periodo neoliberal se movió en niveles parecidos.

El MN se sustenta en dos pilares básicos: una política monetaria restrictiva y procíclica y un tipo de cambio sobrevaluado. La política monetaria restrictiva, enmarcada en objetivos antiinflacionarios, ha sido una condición para atraer flujos privados de capital del exterior y evitar la fuga de capitales. La entrada de capitales, a su vez, provoca la sobrevaluación persistente de la moneda, lo que tiene un impacto desfavorable en el crecimiento económico y en la creación de empleos.

El crecimiento sustentado en el ahorro externo, como el que se promueve por el Consenso de Washington, resulta efímero y, por tanto, no sostenible. El ingreso de capitales del exterior, en el marco de políticas monetarias restrictivas, puede tener, temporalmente, un efecto positivo en el crecimiento económico, pero no crea las condiciones para una expansión alta y perdurable, aspecto fundamental en cualquier política auténtica de desarrollo. En efecto, la reactivación de los flujos externos de capital generalmente ocurre después de un periodo de crisis cíclica, en el cual existe un alto margen de capacidad productiva ociosa. El ingreso de capitales produce un efecto reactivador en la demanda agregada, sobretodo del consumo privado (acicateado, además, por la tendencia a la concentración del ingreso). El PIB real crece, pero lo hace por debajo de la oferta potencial, la cual está definida por la capacidad productiva instalada. De allí que el efecto de ese crecimiento en la tasa de inversión, sea marginal. Al mismo tiempo, como se ha dicho, crecen las importaciones de bienes de consumo de lujo y las importaciones de insumos y con ellas el déficit en cuenta corriente financiado por el superávit de la cuenta de capital.

Pero justamente en ese punto se detienen los efectos “virtuosos” del crecimiento económico sustentado en el ahorro externo. Como afirma French Davis (2005: 70), “al completarse la reactivación, alcanzándose la frontera productiva, cualquier demanda agregada adicional requerirá nueva capacidad productiva para satisfacerla y, por consiguiente, de nueva inversión para generarla”. En otras palabras, en esa fase del ciclo, sostener el crecimiento implicaría incrementar sustancialmente la tasa de inversión. Sin embargo, ello no sucede.

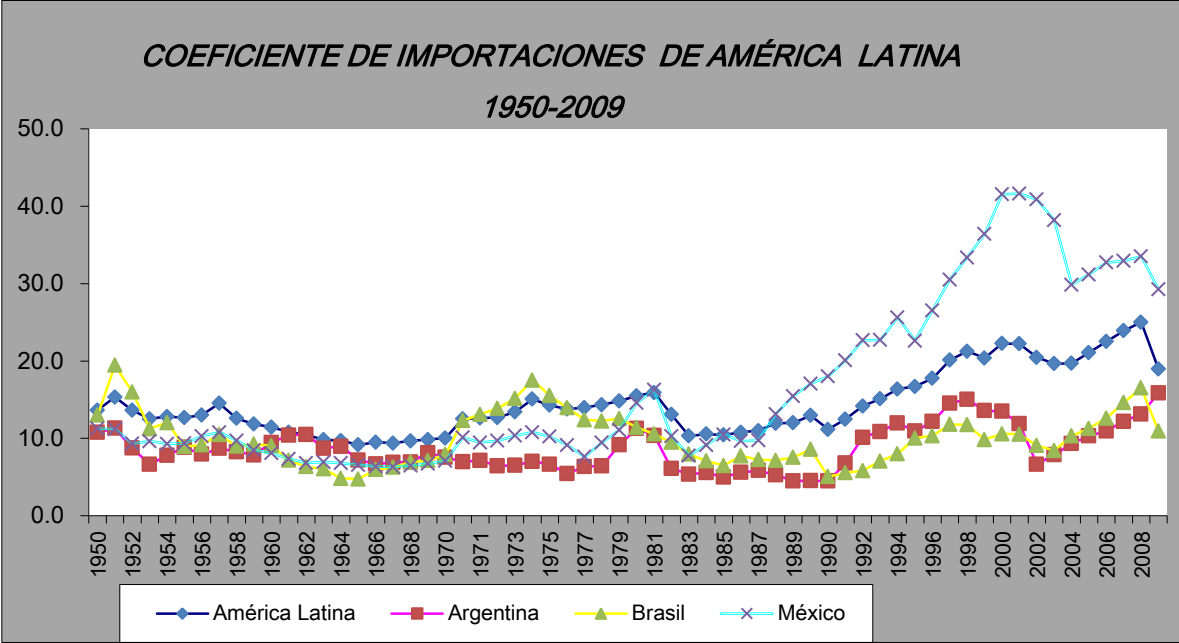
El ingreso de capital externo provoca un desplazamiento del ahorro interno hacia el gasto, el consumo privado y el ahorro financiero, más que un crecimiento de la tasa de inversión. Al mismo tiempo, genera la apreciación de la moneda, fomenta la especulación en los mercados de valores; e incrementa el endeudamiento externo de los agentes, creando, de esa forma; las condiciones para una crisis financiera.

La crisis mexicana de 1994-1995 como después la asiática, la rusa, la brasileña y la argentina, demostraron que cuando los operadores financieros globalizados consideran que los desequilibrios provocados en gran medida por la propia operación de los capitales que representan ya no son sostenibles, inician los ataques especulativos sobre las monedas y provocan la estampida de los capitales. Como he señalado en otro trabajo (Guillén, 2007a: capítulo VIII), el efecto desequilibrador de los flujos externos de capital sobre variables económicas claves se presenta, tanto en la fase anterior a la crisis financiera, como al precipitarse ésta.

En el periodo anterior al estallido de una crisis, cuando el ingreso de capital especulativo es intenso, éste genera, como dije arriba, sobrevaluación de la moneda, aumento del déficit externo, sobreendeudamiento, etc. En otras palabras, el ingreso de capital afecta los “fundamentales” de la economía, pero en un sentido negativo. Una vez que irrumpe la crisis, se producen los efectos contrarios. La estampida de los capitales hacia otros mercados precipita la devaluación abrupta de la moneda, el derrumbe de los precios de los activos financieros e inmobiliarios, la contracción del crédito y demás efectos deflacionarios que acompañan a todas las crisis financieras importantes.

La economía mexicana carece de motor interno. Bajo el modelo exportador neoliberal, el dinamismo de la economía depende casi enteramente de la demanda externa, la cual descansa de manera excesiva en el mercado estadounidense a donde se dirigen más del 80% de las ventas externas. El sector exportador está poco diversificado y se restringe a unas cuantas empresas y ramas. La mitad de las exportaciones son generadas por las maquilas. Los nexos del sector exportador con el resto del sistema productivo son nulos, o por decir lo menos, escasos. Se trata de un patrón de acumulación altamente dependiente de las importaciones, lo que le resta capacidad dinámica y se constituye en un límite a su propia reproducción. El coeficiente de importaciones ha crecido aceleradamente con el MN, pero principalmente después de la entrada en vigor del TLCAN. (gráfica 3).

GRAFICA 3.



Fuente: CEPAL. *Estadísticas Económicas de América Latina*. <http://www.cepal.org/>

El sector exportador mexicano depende cada vez más de las importaciones de insumos, por lo que debe financiar su reproducción crecientemente con otras fuentes de divisas, como las exportaciones de petróleo o las remesas de trabajadores migrantes. Las importaciones asociadas a las exportaciones no petroleras pasaron del 57.4% en 1995 al 63.7% en 2004 (Vidal, 2008: 74). Es claro entonces, que el dinamismo de la economía mexicana depende altamente del ciclo estadounidense, no sólo en lo que se refiere a las exportaciones manufactureras, sino también por lo que respecta a las remesas e ingresos petroleros. El sector exportador opera como un enclave, muy al estilo del sector agro-minero durante el modelo primario-exportador (1850-1930).

Existen otras restricciones en el sector financiero que agravan la tendencia al estancamiento. México tiene una banca comercial cuya contribución al proceso de inversión es casi nula, así como una banca de desarrollo en ruinas y en proceso de liquidación por parte de los neoliberales que dirigen la economía. La banca comercial, en manos del capital extranjero - quien controla más del 80% de los recursos de la misma – es

una banca que no da crédito a las actividades productivas y que se ha enfocado, principalmente a financiar el consumo de los grupos de altos ingresos¹.

En resumen, el MN no permitió a México salir de la crisis del anterior modelo. El patrón exportador de economía abierta no significó una nueva vía al desarrollo económico-social, sino, en muchos sentidos, una regresión histórica, una desviación del camino del desarrollo. Los propulsores del Consenso de Washington sostenían que la reforma neoliberal permitiría recuperar el crecimiento y que con el tiempo éste “gotearía” al conjunto de la población. Los resultados obtenidos demuestran la futilidad de esperar el desarrollo con sólo confiar en el mercado, en abrir la economía y en privatizar los bienes públicos. Los resultados, más bien, han sido, el “mal desarrollo” como acostumbraba llamarlo Furtado, el estancamiento crónico y la profundización de la heterogeneidad estructural con toda su cauda de informalidad y de pobreza acrecentada.

4. Ejes centrales de un proyecto alternativo de desarrollo

La estrategia económica de México reclama, desde hace mucho tiempo, cambios de fondo, no sólo de forma. Se requiere de un nuevo proyecto nacional de desarrollo, no meros ajustes al modelo neoliberal vigente, que ha demostrado su incapacidad para asegurar el desarrollo económico del país y resolver los acuciantes problemas sociales. La cantaleta neoliberal de que es necesario acelerar las reformas estructurales para alcanzar una recuperación sostenible es una engañifa y una estrategia para mantener a nuestro país aherrrojado en un modelo fundamentalista de mercado agotado.

Los ejes básicos de un nuevo proyecto nacional serían en mi opinión:

- La consecución de una tasa de crecimiento del producto nacional alta, duradera y sustentable, que permita elevar los niveles de empleo formal, así como reducir sustancialmente el desempleo, el subempleo y la migración internacional de la fuerza de trabajo
- Revertir el proceso de concentración del ingreso y el deterioro de los ingresos reales, así como eliminar la pobreza

¹ En México, la participación del consumo privado en el PIB aumentó del 65 al 70% del PIB entre 1980 y 2007 (Ibarra: 2009:17)

- La satisfacción de las necesidades básicas de la población en materia de alimentación, educación, salud y vivienda.
- La construcción de un sistema productivo y financiero más eficiente y articulado
- Retomar el mercado interno como el centro dinámico de la economía, sin descuidar la competitividad externa y la importancia de exportar.
- Recuperar los espacios de soberanía política y económica perdidos con la reforma neoliberal
- Hacer descansar el financiamiento del desarrollo en el ahorro interno, movilizar el excedente económico y reducir el peso del servicio de la deuda externa e interna

En el centro del proyecto nacional debe estar la idea del *desarrollo*, la cual se abandonó en las tres “décadas perdidas” del neoliberalismo y de las ilusiones interesadas sobre las virtudes del mercado libre.

El desarrollo es un proceso multidimensional que abarca y atraviesa la economía, la sociedad, la política y la cultura. Por ello, no puede ser alcanzado mediante la acción espontánea y exclusiva del mercado, sino que es el resultado de un proyecto nacional, de un proyecto social y político que permita la transformación estructural del sistema productivo, el mejoramiento cualitativo de la sociedad y la preservación de la identidad cultural de la Nación. Por ello también, el papel económico del Estado debe revalorado.

El modelo económico tiene que cambiar su eje de la lógica de los *medios* - es decir, de la acumulación de capital - a la lógica de los *finés* (Furtado, 1998). El paso de una estrategia de desarrollo basada en la lógica de la acumulación de capital a otra fundada en los fines y en la satisfacción de las necesidades sociales, es todo menos fácil. Por un tiempo quizás largo, coexistirán dos lógicas contradictorias: la lógica de la acumulación capitalista y de la ganancia, junto y frente a la lógica del desarrollo nacional y de las necesidades sociales (Aguilar, 1999). El éxito de un proyecto nacional de desarrollo alternativo reclamará, entonces, de la construcción de una democracia avanzada, de un sistema político en donde el pueblo se organice por su propia cuenta y participe activamente en las decisiones, y donde aquella no se reduzca a ser un mero protocolo electoral, dominado por los dueños del dinero.

La economía mexicana carece de motor interno. Como se dijo antes, es falsa la visión oficial en el sentido de que la recuperación se consolidará solamente si se concretan las llamadas reformas estructurales (reforma eléctrica, reforma energética, reforma fiscal y reforma laboral), las cuales no se traducirían en una expansión significativa del aparato productivo, aunque sí implicarían una pérdida irreparable de lo poco que queda del patrimonio nacional y una *precarización* aún mayor del mercado de trabajo.

La estrategia exportadora unilateral seguida bajo el modelo neoliberal no podrá sacar a México del subdesarrollo, ya que no imprime dinamismo al conjunto de la economía, desarticula y hace más vulnerable el sistema productivo, y reproduce la concentración de la renta y la exclusión social.

Para los países de gran dimensión geográfica y fuerte heterogeneidad estructural como México, Brasil o Argentina, no existe otra alternativa que el reconvertir al mercado interno en el centro dinámico del sistema productivo y en el motor de la economía. Al situar al mercado interno en el centro de la estrategia de desarrollo, no se trata de volver atrás y de reeditar las condiciones – tarea imposible, por otro lado- que hicieron posible el modelo de sustitución de importaciones. Se trata, más bien, de aplicar una estrategia dual que combine el fomento de las exportaciones y la búsqueda de mercados externos con la sustitución de importaciones y el desarrollo del mercado interno. En última instancia, su objetivo sería crear una base endógena de acumulación de capital, capaz de estimular la creación, asimilación y difusión de los avances tecnológicos. El fomento de las exportaciones sería un objetivo subordinado de la política de desarrollo.

Sin desconocer la importancia de contar con un sector exportador eficiente, en la estrategia de cambio estructural deberá privilegiarse el restablecimiento de las cadenas productivas internas, el rediseño de procesos de sustitución de importaciones, así como la reorganización de las economías campesinas, lo que incluye el diseño y aplicación de programas de autosuficiencia alimentaria. Una estrategia de ese tipo sólo es factible si se aplican una política industrial y una política agropecuaria activa y planeada. Ello implica por fuerza revisar la apertura comercial y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Particular importancia reviste la revisión del capítulo XI de este tratado, el cual impide la aplicación de cualquier norma de comportamiento a las empresas transnacionales, lo que imposibilita cualquier tentativa de diseñar y ejecutar una política

industrial. Sería necesario, asimismo, una renegociación a fondo del capítulo agropecuario, con el fin de avanzar en los objetivos estratégicos de la autosuficiencia alimentaria y la reorganización de la economía campesina.

Una nueva estrategia basada en el crecimiento durable de la economía y del empleo, no resolverá en el corto plazo la tendencia estructural al desequilibrio externo -, ya que ésta es una manifestación de la desarticulación y extroversión del sistema productivo. Sin embargo, el déficit en cuenta corriente sería decreciente y manejable si se sustituyen importaciones, se elimina la sobrevaluación de la moneda, se financia el desarrollo con ahorro interno y se reduce el servicio de la deuda externa.

En otras palabras, uno de los objetivos centrales de un proyecto alternativo de nación de la estrategia alternativa no puede ser otro que la creación de una base endógena de acumulación de capital y de un sistema productivo más integrado, ya que sin la consecución de este objetivo, no puede haber desarrollo económico. No existe otra fórmula para la superación de la heterogeneidad estructural y de la pobreza.

Una estrategia de ese tipo no implica voltear la cara a la globalización y aislarse de la misma. En realidad, México y América Latina siempre se han desenvuelto en el marco de una economía-mundo. El problema no es la globalización en sí misma, sino la forma en que cada país se inserta en ella. Como afirma Ferrer (2007: 434):

“El orden global proporciona un marco de referencia para el desarrollo de cada país. Pero la forma de inserción en su contexto externo depende, en primer lugar, de factores endógenos, propios de la realidad interna del mismo país. La historia del desarrollo económico de los países puede relatarse en torno a la calidad de las respuestas a los desafíos y oportunidades de la cambiante globalización a lo largo del tiempo”.

La calidad de la respuesta depende de la existencia de un proyecto nacional. La respuesta en el caso mexicano ha sido mala, en la medida de que se ha tratado de una inserción pasiva y subordinada, determinada por intereses ajenos a las necesidades nacionales.

5. *“Nudos críticos” de un proyecto nacional alternativo*

La experiencia reciente de América Latina revela que no basta con que la izquierda logre conquistar el gobierno y comience a aplicar medidas de política económica y de política social favorables a los grupos más desprotegidos de la población, sino que es

necesario avanzar en el desmontaje del andamiaje construido a lo largo de tres décadas por los grupos de poder favorecidos por la globalización neoliberal. En este trabajo postulo que difícilmente podrá superarse la situación de estancamiento que prevalece en México y en otros países de América Latina si no se modifican los “nudos críticos” de la política económica neoliberal, a saber: las políticas monetarias, cambiarias y fiscales restrictivas, así como las tendencias estructurales a la concentración del ingreso y de la riqueza.

5.1 Redistribuir el ingreso desde el comienzo, no sólo como resultado del crecimiento económico

La concentración del ingreso y de la riqueza es un rasgo estructural que se ha reproducido y perpetuado en los distintos modelos de desarrollo por los que ha atravesado México, al igual que la mayoría de los países latinoamericanos y del Caribe. Desde la Colonia, el Barón de Humboldt describió a México como el país de la desigualdad.

La concentración de la renta en manos de unos cuantos multimillonarios que se han enriquecido con el neoliberalismo, es evidente en la mayoría de los países latinoamericanos, pero especialmente aguda en los más grandes: Brasil, México y Argentina. (cuadro 2)

CUADRO 1

	COEFICIENTE GINI					
	1970	1980	1990	1995	2000	2007
AMERICA LATINA	48.4	50.8	52.2	N/D	N/D	N/D
MEXICO	56.7	51.8	54.9	53.4	54.6	48.1
BRASIL	57.4	N/D	57.3	59.4	59.3	55
ARGENTINA	42.5	N/D	50.1	48.2	52.2	50
CHILE	50.3	N/D	55.1	56.1	57.1	52

Fuente: Neffa y Boyer (2007) y ONU, Indicadores de Desarrollo Humano, varios años

De hecho, durante las últimas tres décadas, el ingreso se ha concentrado en todos los países, incluidos los países desarrollados. Como plantea Harvey (2005), el neoliberalismo

ha sido un instrumento fundamental para la restauración y recomposición de los grupos en el poder, en detrimento de los trabajadores y otros grupos sociales subordinados.

Sin equidad social, no puede haber ni libertad ni democracia. Como bien apunta Wallerstein (2003: 237):

“Nadie puede ser ‘libre’ para elegir, si sus elecciones están constreñidas por una posición desigual. Y nadie puede ser ‘igual’, si él o ella no tienen el grado de libertad que otros tienen, esto es si no gozan de los mismos derechos políticos y el mismo grado de participación en las decisiones reales”

La concentración del ingreso debe ser revertida tanto por razones económicas, con el objeto de validar una estrategia de desarrollo centrada en el mercado interno, como también por razones sociales y políticas, por los riesgos de ingobernabilidad que provoca la desigualdad social.

La persistencia de la concentración del ingreso condiciona la existencia de patrones de consumo suntuario que no se corresponden con el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas; configura un sistema productivo funcional con esos patrones; implica la desviación del excedente económico hacia fines distintos a la acumulación de capital; y al limitar el aumento o reducir los ingresos reales de los trabajadores y de las grandes mayorías, traba el crecimiento del mercado interno y fortalece las tendencias al estancamiento de la economía. La causa última de la concentración del ingreso es la existencia una oferta ilimitada de mano de obra en el sector de subsistencia, lo que impide el aumento de los salarios reales en el sector moderno. El MN reprodujo la heterogeneidad estructural y la dependencia externa, así como las tendencias a la concentración del ingreso. En efecto, la inserción pasiva en la globalización agravó y volvió más compleja la heterogeneidad estructural del sistema productivo y de la estructura social, lo que empeoró las ya de por sí abismales disparidades de ingresos. En otro texto (Guillén, 2007b), he planteado que en el caso de México, el MN ha significado la constitución de un sistema productivo más desarticulado y vulnerable que el que prevaleció durante el MSI. El sector exportador, que es el eje dinámico del nuevo modelo, se encuentra separado del resto del sistema productivo, siendo incapaz de arrastrar al conjunto de la economía y de irradiar el progreso técnico al resto del sistema

La *heterogeneidad estructural* en vez de atenuarse, se ha reproducido en forma ampliada, haciendo más complejas las relaciones entre el sector “moderno” y el sector “atrasado”. Han cobrando fuerza inusual fenómenos como la informalidad y la migración hacia Estados Unidos. En lugar de producirse la creación de empleos de “mayor calidad”, como lo supone la teoría estándar, ha habido una expansión sin precedente de la economía informal y una creciente “informalización” del sector formal de la economía. Además, se ha registrado un escaso dinamismo en la creación de empleos en la economía formal.

La debilidad del mercado de trabajo está vinculada con los bajos niveles de inversión y con factores diversos que traban ésta, entre los que destacan: la baja capacidad de arrastre del sector exportador; el comportamiento de la inversión extranjera directa (IED), donde ha predominado la compra de pasivos existentes dentro de los flujos de IED totales; la aplicación de políticas monetarias y fiscales restrictivas; el peso del endeudamiento externo e interno en el gasto y la inversión públicas; así como las crisis recurrentes (1982-83, 1987, 1994-1995) vinculadas con la apertura y desregulación financiera.

El escaso dinamismo del mercado de trabajo, así como la expansión de la economía informal, han sido elementos de primer orden en el aumento de la pobreza. El excedente estructural de mano de obra constituye el marco objetivo que determina el bajo nivel de los salarios reales. La economía informal no sólo es un refugio de quienes no encuentran un lugar en la economía formal, sino que constituye, también, el piso del valor de la fuerza de trabajo. Este proceso bajista de los salarios reales se ve reforzado por factores institucionales, como la existencia de *topes salariales*, los menores niveles de sindicalización y organización de los trabajadores y la poca disposición de estos a luchar por mejoras en sus condiciones, debido a la inseguridad en los empleos y el temor a perderlos.

El empleo es un objetivo central sino que el principal, de un proyecto nacional alternativo de desarrollo. Se requieren enormes esfuerzos de inversión, no sólo para absorber a la mano de obra que llega a la edad de trabajar, sino para reducir de manera persistente el desempleo y la economía informal.

La única manera efectiva de redistribuir el ingreso es mediante un crecimiento sustancial y perdurable de la tasa de inversión que absorba de manera paulatina pero persistente, el excedente estructural de mano de obra que pulula en las grandes ciudades.

Resulta indispensable que la tasa de crecimiento del empleo en el sector formal sea más alta que la de la población económicamente activa (Rodríguez, 1998), lo cual implica un aumento sustancial de la tasa de inversión. En el caso de México, se requeriría de un aumento sustancial en la tasa de inversión bruta para elevar el empleo formal como proporción de la PEA.

Una estrategia alternativa de desarrollo centrada en el empleo, reclama, entre otras cosas: una relación distinta entre mercado y Estado; una profunda reforma fiscal que redistribuya el ingreso hacia los grupos más desfavorecidos; y sobretodo, la aplicación de políticas monetarias, cambiarias, fiscales y salariales orientadas al crecimiento; y una revisión a fondo de los esquemas de pago del servicio de la deuda, tanto con los acreedores externos como los internos, asuntos de los que nos ocuparemos ahora.

5.2. Aplicar políticas monetarias, cambiarias y fiscales y salariales compatibles con el crecimiento económico y la generación de empleos

Política monetaria

A lo largo de todo el periodo neoliberal ha prevalecido en México una política monetaria restrictiva de carácter *procíclico*. Es decir, la tasa de interés sube durante las fases recesivas del ciclo, con el propósito de evitar, dentro de un mundo de finanzas globalizadas, la fuga de capitales de los países de la periferia y estimular la atracción de capitales desde los centros. En las fases de “auge” aunque bajan las tasas de interés nominales, las tasas reales se conservan en niveles altos, superiores a los prevalecientes en los países del centro, mientras que las monedas se aprecian por el influjo de capitales. Es claro que una situación de esta naturaleza lesiona al capital que opera en la esfera productiva, y entra en contradicción con cualquier propósito de fortalecer el mercado interno.

Enmarcada en objetivos antiinflacionarios, esta política monetaria restrictiva, ha sido una condición para atraer flujos privados de capital del exterior. En el contexto actual de apertura comercial y financiera, la política monetaria es un instrumento que favorece los

intereses del capital financiero internacional y la concentración del ingreso en unos cuantos rentistas nacionales y extranjeros.

La entrada de capitales del exterior ha provocado la sobrevaluación persistente de la moneda, a pesar de la existencia de un régimen de flotación “libre”. Tasas de interés reales altas y tipo de cambio sobrevaluado se convierten así, en el tributo indispensable que reclaman los capitales externos para ingresar al país, lo que, sin embargo, tiene un impacto desfavorable en el crecimiento económico y en la creación de empleos.

Es urgente modificar de raíz la política monetaria restrictiva y sustituirla por una política *contracíclica* orientada al crecimiento económico y al empleo. Como lo demuestra la experiencia reciente de América Latina, dichas políticas restrictivas y procíclicas son insostenibles, ya que las sobrevaluaciones persistentes, combinadas con altos niveles de endeudamiento externo, conducen a crisis del sector externo con secuelas negativas en la economía real.

Particular importancia reviste recuperar soberanía monetaria. A raíz de la crisis de 1994-1995, el sistema financiero ha sido entregado al capital extranjero, el cual controla más del 80% de los recursos de la banca comercial.

Un peligro quizá mayor es la “independencia” de los bancos centrales. Esa contrarreforma - la que pretendidamente daría autonomía técnica al banco central para despojarlo de cualquier “utilización indebida de parte de intereses políticos” y para evitar el “populismo”, constituye un candado para la continuidad de las reformas neoliberales. Al dejar los bancos centrales de ser una instancia del Poder Ejecutivo, cesaron de ser, de hecho, parte del Estado nacional, para convertirse en prolongaciones del poder del *Consenso de Washington* (que no es otro que el poder de los centros), ejercido por intermedio de los organismos multilaterales y del Departamento del Tesoro y de la Reserva Federal estadounidenses.

Es indispensable recuperar el control estatal del Banco de México, abolir su autonomía, mediante una reforma constitucional que incorpore entre sus funciones el objetivo dual de preservar la estabilidad de precios y de la moneda, así como coadyuvar al crecimiento económico y al empleo, como sucede con un buen número de bancos centrales en el mundo. Y si lo que nos interesa es fortalecer la democracia, cabría la pregunta ¿Quién elige, quién vota, quién vigila y quién exige cuentas a los gobernadores de los bancos

centrales? Porque bien o mal, populistas o no, los gobiernos federal y locales tienen que pasar, al menos, la prueba de las urnas.

Fin del “populismo cambiario”

La definición del régimen cambiario es fundamental en el trazo de un proyecto nacional de desarrollo. Se requiere de una política cambiaria realista que coadyuve al objetivo de alcanzar un crecimiento alto y durable con creación dinámica de empleos. Es decir un tipo de cambio que estimule a las exportaciones, frene las importaciones y haga factible su sustitución. Para ello, como se dijo arriba, la política monetaria debe dejar de jugar, en la medida de lo posible, el papel de mecanismo único de estabilización del tipo de cambio y de los precios, lo que se ha traducido en una sobrevaluación pronunciada del peso mexicano.

Dejar que el peso se siga sobrevaluando al amparo de la tesis de que no puede hacerse nada frente a las leyes del mercado, es abonar el terreno para una crisis financiera futura, lo que daría al traste con cualquier idea de crecimiento sostenido con estabilidad. Se podría argüir que la acumulación presente de altas reservas (que alcanzan a la fecha 125 mil millones de dólares) es un dique contra cualquier posibilidad de crisis financiera. Hay algo de cierto en ello. Pero ello no quiere decir que tales reservas sean un valladar infranqueable en una situación de crisis global y de incertidumbre como la que vive, ni que dichas reservas no tengan un alto costo para la economía nacional. Las altas reservas, además son el resultado de la restricción monetaria y de la apertura irrestricta de la cuenta de capital, lo que genera tendencias al estancamiento económico, vía sobrevaluación cambiaria, tasas de interés reales inhibitorias de la inversión, y desplazamiento del ahorro interno.

Los tecnócratas neoliberales tan reacios al populismo, deberían admitir que su política cambiaria es populista, ya que no existe una mercancía más subsidiada que el dólar. Es hora ya de enterrar el “populismo cambiario” que se inaugura con el *Pacto* en la época de Salinas de Gortari y que sobrevive en estos tiempos, y que es el resultado de la observancia “fanática” e interesada de políticas monetarias y fiscales restrictivas.

El establecimiento de un tipo de cambio realista y competitivo estimularía el crecimiento de las exportaciones, haría rentable la sustitución de importaciones, y fortalecería el desarrollo del mercado interno. Asimismo desalentaría las importaciones así

como el gasto de los mexicanos en el exterior, lo cual evitaría un crecimiento inmanejable del déficit en la cuenta corriente. En el mediano y largo plazo, la corrección del desequilibrio externo dependería de la aplicación de una política industrial y agropecuaria que permita la construcción de un sistema productivo más articulado y coherente.

Con la aplicación de una política de tipo de cambio realista y competitivo, la lógica del modelo económico pasaría del predominio de los intereses del capital rentista y especulativo a la preeminencia de los intereses del capital productivo.

Política fiscal

En otro trabajo (Guillén, 2000), he insistido en que el retorno a un sendero de crecimiento alto y durable sólo puede provenir del gasto público y del impulso que éste genere en la demanda agregada. La concreción de esta política requiere abandonar el mito neoliberal del equilibrio fiscal – y de su hermano gemelo: el superávit primario –, el cual hunde al Estado mexicano en la inacción y en el deterioro de los activos estatales, lo cual es pretexto, además, para justificar su privatización y su traslado al dominio de las transnacionales.

Es necesario sustituir el concepto de equilibrio por el de “déficit presupuestal autofinanciable”. Si éste se invierte en proyectos productivos, retornará en forma de mayores ingresos fiscales. No se trata de aplicar políticas fiscales irresponsables basadas en el endeudamiento, sino de detonar el crecimiento y el empleo reorientando el gasto público de lo financiero a lo productivo. El financiamiento del desarrollo, por el contrario, descansaría en el ahorro interno, sin contratar nuevo endeudamiento externo, y mediante la revisión de los esquemas de servicio de la deuda externa e interna.

En un país con niveles tan altos de concentración del ingreso, resulta urgente una reforma fiscal redistributiva basada en la supresión de los privilegios fiscales a las grandes empresas, en impuestos a la riqueza y en impuestos directos progresivos al ingreso, incluyendo la tasación de las rentas financieras, así como del establecimiento de tributos a la entrada y salida de flujos especulativos de cartera.

Política salarial

Los trabajadores asalariados han sido uno de los sectores más castigados por la crisis y por la aplicación de políticas neoliberales. El deterioro de los salarios reales ha sido un fenómeno persistente durante las últimas tres décadas. Salvo en algunos periodos muy breves de recuperación, la tendencia al deterioro se ha mantenido hasta la fecha. Los *topes salariales*, comenzaron durante el régimen de José López Portillo, (1976 – 1982) después de la firma del primer acuerdo de estabilización con el FMI a raíz de la devaluación de 1976. Sin embargo, el comienzo del declive de los salarios reales se ubica en 1982 con la irrupción de la crisis de la deuda externa. Entre 1980-2000 el salario mínimo perdió el 68% de su poder adquisitivo, mientras que los salarios contractuales registraron una baja del 52% (Soria, 2006). Durante el primer decenio del siglo XXI el deterioro salarial continuó, aunque a un menor ritmo.

La política salarial ha consistido en decretar los aumentos anuales del salario mínimo en función de la inflación esperada. Como en los hechos, la inflación real generalmente supera a la esperada, ello se traduce en un deterioro del salario real. A partir del piso establecido por el aumento al mínimo, los sindicatos negocian los salarios contractuales, sin que los aumentos acordados rebasen normalmente el tope salarial. La deplorable condición de los trabajadores es el resultado también de otros factores institucionales. La sindicalización se ha reducido y la capacidad negociadora de los sindicatos existentes se ha debilitado con la ofensiva neoliberal. . El número de huelgas estalladas también ha disminuido significativamente. La poca disposición de los trabajadores a organizarse y a luchar por la mejora de sus condiciones salariales y de trabajo, tiene mucho que ver con el temor a perder su empleo y a no encontrar otro en el mercado de trabajo.

La política salarial debe ser congruente con la estrategia de crecimiento económico alto y durable. Ello implica eliminar los *topes salariales* y hacer que los aumentos del salario mínimo sean moderadamente superiores a la tasa de inflación pasada. El sector exportador no saldría afectado, porque contaría con el apoyo de un tipo de cambio competitivo y realista y de una política monetaria anti cíclica.

Como ya he señalado en otro trabajo (Guillén, 2000), tal política no tendría una repercusión inflacionaria. Actualmente la inflación se encuentra bajo control y no existe

como a finales de los ochenta, una inflación inercial. Además, la economía trabaja con altos índices de subutilización de la capacidad instalada y los salarios representan un porcentaje muy bajo y decreciente de los costos de las empresas. El problema principal de la política económica en el mundo no es la inflación, sino la deflación.

6. Los obstáculos a un proyecto nacional alternativo de desarrollo son políticos

Los obstáculos para la puesta en marcha de un proyecto alternativo de desarrollo en México no son técnicos, ni residen en la falta de propuestas. Desde hace más de veinte años la academia mexicana de las universidades públicas y decenas si no es que cientos de investigadores de las ciencias sociales, han estado proponiendo alternativas de política económica viables para salir de lo que el presidente ecuatoriano Rafael Correa calificó como “la pesadilla neoliberal”, Estas propuestas no han sido consideradas por los gobiernos priístas o panistas, que han sido fieles seguidores del “pensamiento único” y del Consenso de Washington. Y desde que arrancó el siglo XXI varios países de América del Sur han elegido gobiernos progresistas y han avanzado, dentro de sus condiciones específicas, en la aplicación de políticas económicas y “estilos de desarrollo” alternativos al neoliberalismo, logrando avances importantes en materia de crecimiento de la economía y en la atención de sus problemas sociales.

Así que las opciones existen y son viables. Lo que no existe en México, es un marco político propicio a un cambio democrático. Las opciones de cambio fueron fraudulentamente cancelados por quienes ostentan el poder en las elecciones de 1988 y 2006.

Tres son, en mi opinión los principales obstáculos políticos que impiden que la Nación ponga en marcha un nuevo modelo económico: 1) la existencia de una oligarquía que tiene el poder económico, que controla el poder político, y que carece de un proyecto nacional; 2) Una democracia representativa “secuestrada” por esa oligarquía y por los poderes fácticos y 3) un Estado débil y cada día más subordinado a los Estados Unidos que tiende a convertirse en un “estado fallido”.

Es necesario tener en cuenta que el tránsito de México hacia el neoliberalismo significó no sólo la instauración de un nuevo patrón de acumulación de capital, sino también cambios en la estructura social y reacomodos en el “bloque de poder”.

En el caso de México desde hace varias décadas y como consecuencia del intenso proceso de concentración y centralización de capital y de transnacionalización que experimentó la economía mexicana al final del modelo de sustitución de importaciones (1955-1982), una reducida oligarquía financiera domina la economía y se convierte en la fracción hegemónica del bloque en el poder. En un excelente libro de esa época (Aguilar y Carrión, 1975), Alonso Aguilar llegaba a la conclusión de que el núcleo del poder económico se concentraba en no más de un millar de familias. Su inmenso poder económico aseguraba su hegemonía en la definición de la política en el seno del Estado.

El modelo neoliberal introdujo modificaciones importantes en la composición de la clase dominante y de la propia oligarquía. El Consenso de Washington implicó en el terreno político, una alianza estrecha entre el capital financiero de los centros y las elites internas de la periferia, con el objeto de desplegar la globalización. En la década de los ochenta, varios de los grandes grupos económicos mexicanos, así como las empresas transnacionales que operaban en el país fundamentalmente para el mercado interno, lograron reconvertir sus empresas y orientarlas hacia el mercado externo. Otros grupos y empresas medianas y pequeñas fracasaron en este proceso de reestructuración y quedaron ancladas a un menguado mercado interno. Nuevos segmentos de la oligarquía vinculados al sistema financiero paralelo promovido durante el régimen de Miguel de la Madrid (véase Guillén, 2000, capítulo II), emergieron y se instalaron en la cúspide del poder. El proceso de privatización de empresas estatales y paraestatales (acumulación por desposesión como le llama D. Harvey (2003) favoreció el proceso de recomposición de la oligarquía mexicana. La “nueva oligarquía” se insertó, principalmente, en la banca, en las telecomunicaciones y en los medios masivos de comunicación. Nuevos apellidos (Slim, Hernández, Harp Helú, Salinas Pliego, etc.) se agregaron a la lista de los sup poderosos.

La fracción hegemónica en el poder en México está integrada por los dueños de los grandes grupos monopolistas nativos con intereses entrelazados en la industria, el comercio, las finanzas, los servicios; por los propietarios de los medios masivos de

comunicación en la televisión, la radio y los grandes diarios nacionales y regionales; y por los altos jerarcas de las Iglesias y el Ejército.

A la par de la acentuación de la concentración del ingreso en manos de una minúscula aunque cambiante oligarquía, se aceleró el proceso de transnacionalización de la economía y de integración al sistema productivo estadounidense, proceso favorecido por la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Las empresas y bancos transnacionales no son parte integrante, en sentido estricto, de la clase dominante; sin embargo, sus intereses en México son representados por la oligarquía interna, la cual es su socia menor o gestora.

A diferencia de la oligarquía de finales de los sesentas que tenía una mayor base de acumulación interna, la oligarquía mexicana contemporánea, con contadas excepciones, se conforma con ser socia menor del capital financiero transnacional y con vivir de sus rentas financieras. De allí su dependencia casi absoluta del poder estadounidense para preservar sus intereses.

En materia política y de democracia, los gobiernos de la alternancia tienen poco de que ufanarse. Existen numerosos retrocesos que amenazan con reducir la democracia a un ejercicio hueco y costoso del voto, mientras se refuerzan las tendencias a la centralización, el endurecimiento y la descomposición del poder. La transición democrática se paralizó.

En paralelo al proceso de concentración de poder económico y de creciente subordinación a los Estados Unidos, en México se ha producido un proceso de centralización del poder político. Más que una democracia real donde el pueblo decide su gobierno, se vive una democracia simulada, una democracia secuestrada donde las elecciones se convierten en un mero cascarón para legitimar el poder concentrado. La democracia representativa se convierte en un costoso escenario donde los electores validan en las urnas, los candidatos previamente elegidos por la cúpula oligárquica. El sufragio efectivo, vieja aspiración democrática de México, es sustituido por la simulación democrática.

Y eso nos lleva al otro problema toral de México en la hora actual: la creciente debilidad del estado mexicano. El gobierno de Felipe Calderón para tratar de legitimarse después de su ascenso fraudulento al gobierno, enfocó su acción a la lucha frontal contra el narcotráfico. Para ello sacó el ejército a las calles a realizar funciones policíacas para las

cuales no está facultado por la Constitución. Los resultados están a la vista: más muertos que las bajas estadounidenses en la guerra de Irak; múltiples abusos sobre la población civil y pérdida de territorio frente a los cárteles.

En este marco de desmoronamiento institucional, no es de sorprender que personeros del gobierno estadounidense hayan colocado a México en la lista de “estados fallidos”, junto con el convulso Pakistán. En un reporte del Congreso estadounidense, de agosto de 2011, se presenta a los narcos mexicanos como narcoterroristas y se plantea que “algunas partes del Estado mexicano han sido capturadas”, y que las principales organizaciones dedicadas al trasiego de drogas mantienen bajo su control 71% del territorio, y que el narco ejerce hegemonía en 195 municipios e influye en otros mil 500 (El Universal, 2011).

Esa pérdida gradual y acelerada del control sobre el territorio nacional de parte del estado mexicano y de su capacidad para gobernar en ciertos territorios controlados por el narcotráfico, no es una percepción solo estadounidense, sino algo que viven en carne propia millones de mexicanos que habitan en esos territorios, sobretodo en el Norte del país. Lucas de la Garza reputado empresario regiomontano, describía la situación de algunos municipios en los estados de Nuevo León y Tamaulipas de la siguiente manera:

“Ahora esa zona está desierta. El éxodo de habitantes no ha parado; las matanzas son cotidianas, las balaceras, secuestros y extorsiones son cosa diaria: “el dominio del *narco* en las zonas rurales de México es absoluto. ¿Quién se apoderó de todo? Pues el *cártel* que domina en cada región. La forma en que ejercitan el poder directo es replegando a las autoridades de cada municipio. No replegarse a lo que ellos desean sencillamente significa su liquidación física. Y no hay quien proteja a la gente. Esto que cuento no es un supuesto, es una realidad en el campo. En casi todo Tamaulipas y casi todo Nuevo León el poder del *narco* es más firme que el del Estado. Esto es gravísimo; es la desaparición del Estado como tal. En esta suplantación, el poder del *narco* es absoluto. Cobran impuestos hasta al comercio ambulante. En municipios no mayores de 5 mil habitantes cobran impuestos a todos: a las cantinas, tiendas, negocios. Y no hay quien se les oponga porque la gente sabe que meterse con ellos es la muerte (La Jornada, 2011)”.

México se convierte aceleradamente en una suerte de estado fallido. El gobierno mexicano se subordina a los intereses de seguridad de Estados Unidos, cediéndole a la

potencia imperial, como lo revelaron diversos claves filtrados por *Wikileaks*, el control de la estrategia antinarco y permitiendo la acción de los cuerpos de seguridad de ese país en territorio mexicano. Nuestra nación renuncia crecientemente a su mermada soberanía y se convierte en un espacio territorial del “perímetro de seguridad de América del Norte”.

México afronta una de las situaciones más difíciles de su historia: una economía postrada ante la crisis, un Estado débil cada vez más militarizado y subordinado a los intereses de la oligarquía interna y de los Estados Unidos, y una democracia secuestrada donde los partidos políticos y los órganos electorales han perdido representatividad y legitimidad ante la sociedad.

En ese marco, las perspectivas de cambio democrático y de un cambio de fondo en el modelo económico parecen depender, cada vez de la capacidad de movilización y organización de los movimientos sociales. Sólo una movilización popular organizada, tanto en el marco electoral como en otros frentes, permitirá transformar al país y enrumbarlo en la vía de un proyecto nacional de desarrollo que mejore la vida de las grandes mayorías.

BIBLIOGRAFIA

Aguilar A. (1999). “¿Qué será de nuestra América en el Siglo XXI?” en *Economía Política del Desarrollo. Tomo 2*. México, 2005, Casa Juan Pablos-IIEC-UNAM.

Aguilar A. y J. Carrión (1975). *La burguesía, la oligarquía y el estado*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 3ª. Edición.

Bresser-Pereira L.C. (2007). “El nuevo desarrollismo y la ortodoxia convencional”. *Revista Economía UNAM Num.10*, México, UNAM, enero abril.

Boyer R. Y J. Neffa (2007). *Salida de la crisis y estrategias alternativas de desarrollo*. Buenos Aires, Miño y Dávila editores-CEIL PIETTE.

El Universal (2011). “Alerta Congreso de EU por “violencia terrorista” aquí”. www.eluniversal.com.mx/primer/36248.html

Ferrer A. (2007). “Globalización, desarrollo y densidad nacional” en Arturo Guillén y Gregorio Vidal coordinadores *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*. Buenos Aires, CLACSO libros.

French-Davis, R. (2005). *Reformas para América Latina: después del fundamentalismo neoliberal*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.

- Furtado, C. (1998). *El capitalismo global*. México, F.C.E.
- (1965). *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*. Buenos Aires, EUDEBA. .
- Guillén, A. (2007a). *Mito y realidad de la globalización neoliberal*. México, Miguel Angel Porrúa editor-UAMI.
- (2007b). “Efectos de la globalización en el empleo: el caso de México”, en Arturo Guillén R. coordinador. *Economía y Sociedad en América Latina: entre la globalización la regionalización y el cambio estructural*. México, Miguel Ángel Porrúa editores – UAMI.
- (2000). *México hacia el siglo XXI: crisis y modelo económico alternativo*. México, Plaza y Valdés ed. – UAMI.
- Harvey, D. (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Nueva York, Oxford University Press.
- (2003). *The new imperialism*. Oxford, Oxford University Press.
- Ibarra, D. (2009). “Crisis, consumismo, dolarización”. *Revista Economía UNAM, Núm. 16*. México, enero-abril.
- La Jornada (2011). *El narco ha suplantado al Estado; ya no espero justicia, afirma Lucas de la Garza*. México, 20 de febrero
- Ortiz, S. (2010). *La inversión y su comportamiento en México: 1940-2009*. Málaga, www.eumed.net/libros/2010e/810/.
- Rodriguez, O. (1998). “Heterogeneidad estructural y empleo”. en *Revista de la Cepal, núm extraordinario*, Santiago de Chile, octubre.
- Soria, V. (2006). “Brasil y México frente a la globalización neoliberal” en Arturo Guillén R. coord. *Economía y sociedad en América Latina: entre la globalización, la regionalización y el cambio estructural*. Ob. cit.
- Vidal G. (2008). “México: crecimiento por medio de exportación de manufacturas y tendencia al estancamiento” en G. Vidal coord. *Los procesos de integración y las opciones de México para el desarrollo*. México, Miguel Ángel Porrúa editores-UAMI.
- Wallerstein, I. (2003). *The Decline of American Power*. Nueva York, The New Press.